

Jesús CRUZ VALENCIANO, *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 2014. 430 pp. ISBN: 978-84-323-1679-1

Con este libro, el historiador Jesús Cruz amplía sus anteriores investigaciones sobre la sociedad española del siglo XIX y aborda un aspecto que siempre le ha preocupado, el de la formación de las clases medias, de esos sectores burgueses que, con mayor o menor solidez, dieron soporte al liberalismo en España y que hoy, transformadas en nuevas clases medias continúan siendo un eje decisivo para comprender nuestra historia social y política hasta el presente.

Ya en su obra de 1996 (*Gentlemen, bourgeois and revolutionaries. Political change and cultural persistence among the Spanish dominant groups, 1750-1850*, Cambridge University Press) propuso estudiar desde la sociología histórica el proceso por el que se formaron en España la sociedad y los valores de clase propios de la burguesía, concretando redes familiares, geográficas y estrategias de poder social. Ahora, con este nuevo libro perfila los términos de esa transformación social que se expresó en los estilos de vida de la burguesía decimonónica y que se conocen como “cultura burguesa” desde entonces. Es una obra necesaria para captar la historia cultural sobre la que se edifica la contemporaneidad. Para tal fin, el autor realiza un trabajo interdisciplinar que se apoya en el análisis de fuentes periodísticas, literarias y documentales, así como también en cuantas investigaciones y debates historiográficos se han publicado al respecto.

El desarrollo del libro, por tanto, ofrece el proceso por el que, sobre todo en el ocio y en los espacios de sociabilidad, se vertebró lo que era la modernidad burguesa con nuevas costumbres y nuevos valores que, sin duda, se erigieron en la columna vertebral de la sociedad liberal, por más que persistieran fuertes condicionantes procedentes de la sociedad del Antiguo Régimen. De este modo, el autor retrata la imagen social e incluso los aspectos y cuidados físicos de aquellos primeros individuos de una burguesía emergente que, aunque minoritaria, suplantó el modelo de cortesanía nobiliaria por el de civilidad o urbanidad burguesa. Estudia con detalle y riqueza de contextos los manuales de urbanidad y también los artículos de prensa y la literatura específica destinados a la creación de ese nuevo canon de comportamiento social. Desde los primeros autores de la Ilustración hasta los periodistas liberales como Larra, la nueva identidad de las “personas finas”, de los “petimetres”, o de los “señoritos y señoritas” constituyen eslabones en ese proceso de delimitación de lo que era una “sociedad de buen tono”.

En efecto, la mujer y el hombre de la nueva burguesía compartían un refinamiento sobrio y natural en sus relaciones sociales, alejadas de la pomposidad nobiliaria; una preocupación por la higiene corporal acompañada de una elegancia en el atavío; y, sobre

todo, una búsqueda del hedonismo a través de aficiones cultas y urbanas. Todo eso era la más clara antítesis del ocio campestre y abúlico de la vieja nobleza del Antiguo Régimen. Obviamente no desaparecieron las discriminaciones de género. Al contrario, la mujer se entroniza desde esta nueva cultura burguesa como la reina del hogar en su doble tarea de madre amantísima y esposa fiel y sumisa.

Además de estos cambios en la vida privada, Jesús Cruz analiza las transformaciones que se producen en los espacios de convivencia privada y pública, en las viviendas particulares y en la organización de las ciudades. Así, con la burguesía comenzó a despegar lo que hoy llamamos sociedad de consumo, esto es, el hábito de comprar para disfrutar de objetos, mejores adornos, más vestimenta y usar esos objetos como expresión de la distinción social. De este modo se incrementó la producción de mercancías relacionadas con la higiene y con el vestir, sobre todo, y no solo para mujeres sino también para los varones pues los sombreros, las levitas, las modas de afeitado y peinado, los ungüentos, etcétera, se expandieron como habituales y normales para la vida cotidiana del varón. Ciertamente que eran para esas minorías de la burguesía de cada ciudad española, pero el hecho es que la prensa decimonónica se plagó de anuncios destinados a varones en gran parte. Se desarrolló de este modo un nuevo concepto hedonista de la vida privada, por un lado y de su exposición pública, por otro. Además, el paseo, la salida y asistencia a teatros, casinos, óperas, museos e incluso el incipiente turismo de ocio y la creación de las primeras sociedades deportivas constituyeron los cimientos de lo que hoy se considera ingredientes normales para cualquier sociedad desarrollada.

En este sentido, tal y como subraya el autor, esa nueva cultura burguesa se fraguaba no solo para sus propios integrantes sino que se proponía como modelo para el resto de la sociedad. Frente a las formas y valores de la aristocracia del Antiguo Régimen cuyo sistema de vida se consideraba un compartimento estanco al que no debían tener acceso el resto de los grupos sociales, los burgueses se enorgullecen de ser portadores de una cultura y una forma de vida que la enarbolan como modelo para toda la sociedad. Era un modo, sin duda, de amortiguar o anular al menos formalmente las desigualdades sociales pues consideraban que esa cultura era superior no sólo a la vieja cultura de la aristocracia sino sobre todo a los hábitos de vida rurales. Era lo urbano el modelo y de ahí surgieron las “normas de urbanidad”, esto es, las normas para no ser ni paletos ni analfabetos, sino educados y cultos como eran esos burgueses que además tenían la hegemonía social y política en la España liberal. Ciertamente es que la mayoría de los manuales de urbanidad eran traducciones de originales ingleses y franceses, aunque adaptados a lo español, lo que demuestra, por otra parte que el ritmo de la burguesía española era distinto, más frágil y siguiendo los senderos trazados por las burguesías más desarrolladas de Europa. Ahora bien, esos manuales enseñaron a los hombres y mujeres de las ciudades, no sólo a los burgueses sino también a artesanos y empleados de clases medias, a comportarse como personas “finas” o “educadas”.

A pesar de que la sociedad rural española superaba a la urbana hasta mediados del siglo XX, en el siglo XIX se llevaron a cabo una serie de planes urbanísticos que transformaron prácticamente todas las ciudades, sobre todo con la demolición de murallas y con la ampliación a nuevas avenidas donde se instalaron las viviendas y comercios y bancos de esos burgueses. En este caso, Jesús Cruz se apoya en el concepto de *gouvernementalité* planteado por Foucault para repensar la ciudad como espacio de poder de la nueva burguesía, lo que significaba no sólo ensanches urbanos, plazas, jardines y construcción de viviendas con nuevas estructuras internas sino también edificios institucionales y en especial los destinados al ocio y la cultura como los teatros, comercios, cafés, etcétera. En concreto, el autor analiza metódicamente los primeros ensanches proyectados en la

segunda mitad del XIX, centrándose principalmente en el *Eixample* barcelonés y en el caso madrileño, dos casos paradigmáticos para constatar los cambios sociales producidos en esa España liberal. Ahí se construyeron las viviendas de lujo como expresiones del confort burgués y con los recursos de los avances en salubridad, funcionalidad y divisiones de roles dentro de la familia, con cocinas, dormitorios, comedores, salas de estar, despachos...

A través de inventarios *post mortem* el autor desglosa los aspectos de la cultura material de la época y detalla el inicio de una cultura de lo doméstico desde finales del siglo XIX. Nunca antes se había hecho necesario exhibir ante los demás las diferencias de roles entre los miembros de la familia en la estructura habitacional. Ahora se deslindan claramente en base al género y a la preeminencia del varón. El bufete era el habitáculo masculino por excelencia, donde el hombre mostraba su dominio exclusivo de la esfera pública.

También se trata en el libro el surgimiento del turismo sobre todo con la toma de aguas termales y la cultura del balneario, o la costumbre de ir a la playa, hoy ya tan expandidas entre las clases populares, por ejemplo. A fines del siglo XIX eso era de minorías con poder económico pero era el arranque de una cultura del cuerpo y de la higiene que se complementó con el inicio de los deportes como la gimnasia, la hípica, los velocípedos y luego el fútbol ya como deporte de masas.

Con estos ingredientes, Jesús Cruz presenta un trabajo que debe ser referente para comprender el presente en todos esos ingredientes de la sociedad del ocio y del consumo que hoy es la marca mayoritaria de la actual sociedad desarrollada. Es la obra que permite mirarnos en el espejo de esa “cultura burguesa” en la que hoy está sumergida toda la sociedad y que incluso se potencia como soporte ineludible de un Estado de bienestar. Además, la perspectiva interdisciplinar hace de este libro una valiosa aportación para el mejor conocimiento de la cultura material de nuestra historia contemporánea.

Antonio Viller Pintado
Investigador independiente